



TEXTO:

GALILEA, LUNA NUEVA

Después de leer en la comunidad la última escena del manuscrito de Marcos, recordaron las palabras que habían escuchado las mujeres:

“No temáis. Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado. Ha resucitado, no está aquí. Mirad el lugar donde lo pusieron. Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante de ellos a Galilea. Allí lo verán, como les había dicho”.

Estaban celebrando la Pascua de Jesús y al final recitaron con alegría las palabras del Salmo 81:

“Aclamad a Dios, nuestra fuerza, dad vítores al Dios de Jacob.
acompañad, tocad los panderos, las cítaras templadas y las arpas;
tocad la trompeta por la luna nueva,
por la luna llena, que es nuestra fiesta”.

Todos se quedaron sorprendidos por la enérgica firmeza de la intervención de Ticia:

- No deberíamos seguir rezando con este salmo, porque afirma algo que ya no es cierto: la luna llena ha dejado de ser nuestra fiesta.

¿Cómo se atrevía aquella mujer, que provenía del paganismo, a cuestionar una de las oraciones de Israel?

Trataron de acallarla, pero ella continuó.

- Conozco las tradiciones judías y respeto el aprecio que tenéis a vuestras fiestas, pero no podéis imponerlas a quienes sólo confesamos como centro de nuestra fe a Jesús. el Señor, que ha resucitado. Hemos hablado mucho entre nosotros de la escena en que las mujeres fueron al sepulcro para embalsamar el cuerpo de Jesús y cómo debieron de sentir que aquello las desbordaba con su absoluta novedad. Habían acudido siguiendo una costumbre y lo que iban a hacer era lo conveniente y adecuado, pero nada sucedió como esperaban: por mucho que madrugaron, ya el sol se les había anticipado; se preguntaban cómo iban a mover la piedra, y la piedra estaba ya corrida; llevaban perfumes para embalsamar el cadáver, pero el



lugar estaba vacío; buscaban a un crucificado y les anunciaron a un Viviente. Nadie acogió los perfumes de sus manos: se los cambiaron por una misión confiada a sus voces, hasta entonces silenciadas. El lugar cerrado se había convertido en un espacio abierto que debían abandonar y no volver a rondar nunca más: era en Galilea donde él iba a preceder a los suyos. En lugar de un cuerpo habían recibido una palabra, ya no podían seguir estando en los lugares que antes frecuentaban. Estaban enfrentadas a un acontecimiento inesperado e inaudito que sobrepasaba todas sus capacidades. Por eso reaccionaron con estupor y sobrecogimiento, lo mismo que Pedro, Santiago y Juan cuando Jesús se transfiguró en el monte ante ellos; lo mismo que los discípulos después de la tormenta en el lago o los que vieron en pie a la hija de Jairo.

Los que hoy somos discípulos y seguidores del Señor resucitado hemos escuchado el mismo anuncio que ellas recibieron: “Jesús, el crucificado, ha sido puesto en pie y nos precede en Galilea”. Y nos urge tanto responder a esa convocación que ya no podemos seguir sujetos a novilunios, ritos, festividades o viejas tradiciones: todo eso ha perdido ya su poder de ritmar nuestras vidas o de llenar espacios que, en nuestra fe, deben quedar vacíos.



Crear que Jesús ha resucitado supone tal exceso que nada puede ocupar su lugar ni ofrecer otras certidumbres. En otro tiempo caminábamos con unos perfumes que daban a nuestras manos la seguridad de una acción eficaz: ahora esos perfumes se han quedado olvidados junto a la tumba vacía y es la adhesión de nuestra fe la que nos ofrece la fuerza que nos hace vivir. Ya no necesitamos de la luna para guiar nuestros pasos: es el Señor resucitado quien nos precede en Galilea.

CUESTIONES:

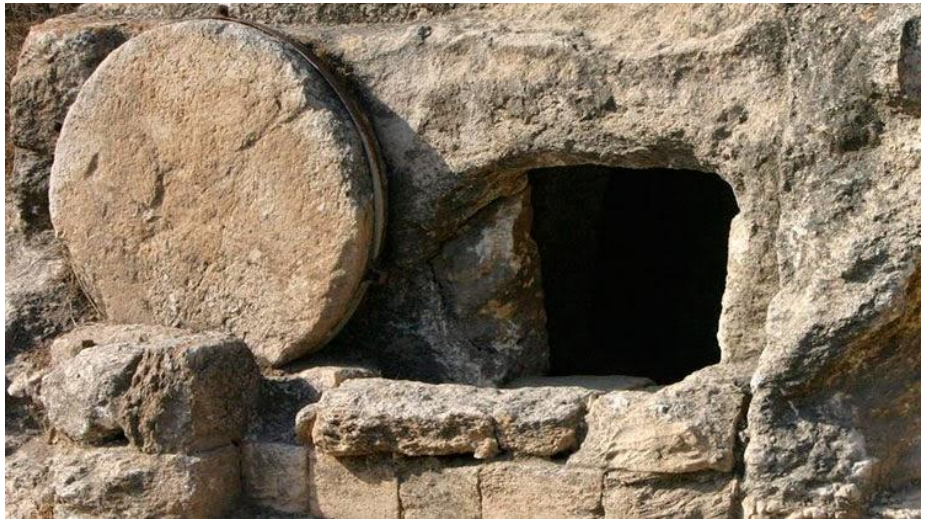
Esta historia es mi historia. La Pascua me bautiza con un nuevo nombre: soy un “precedido” y voy por la vida con la seguridad de contar con la compañía del Señor resucitado, que camina delante de mí. Es él quien sostiene mi fe y me comunica la certeza profunda de que la muerte -la suya y la mía- ha sido vencida.

Compartiendo nuestra fe. La vida cristiana está atravesada por una dinámica de amenaza mortal y de posibilidad impensable de vida. La fe nos hace participar de ese movimiento pascual del Señor crucificado y resucitado. Podemos redactar juntos un “credo” que exprese con nuestras palabras esa gloriosa participación.

BUENA NUEVA:

Mc 16, 1-8:

Pasado el sábado, María Magdalena, María la madre de Santiago, y Salomé compraron perfumes para perfumar el cuerpo de Jesús. Y el primer día de la semana fueron al sepulcro muy



temprano, apenas salido el sol, diciéndose unas a otras: –¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro? Pero al mirar vieron que la gran piedra que tapaba la entrada no estaba en su sitio. Y al entrar en el sepulcro vieron, sentado al lado derecho, a un joven vestido con una túnica blanca. Las mujeres se asustaron, pero él les dijo: –No os asustéis. Estáis buscando a Jesús de Nazaret, el crucificado. Ha resucitado; no está aquí. Mirad el lugar donde lo pusieron. Id y decid a sus discípulos y a Pedro: ‘Él va a ir a Galilea antes que vosotros. Allí le veréis, tal como os dijo.’ Entonces las mujeres salieron huyendo del sepulcro, pues estaban temblando, asustadas. Y no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo.

ORACIÓN: CREER EN EL RESUCITADO

Creer en el Resucitado es resistirnos a aceptar que nuestra vida es solo un pequeño paréntesis entre dos inmensos vacíos. Apoyándonos en Jesús resucitado por Dios, intuimos, deseamos y creemos que Dios está conduciendo hacia su verdadera plenitud el anhelo de vida, de justicia y de paz que se encierra en el corazón de la Humanidad y en la creación entera.

Creer en el Resucitado es rebelarnos con todas nuestras fuerzas a que esa inmensa mayoría de hombres, mujeres y niños, que solo han conocido en esta vida miseria, humillación y sufrimientos, queden olvidados para siempre.

Creer en el Resucitado es confiar en una vida donde ya no habrá pobreza ni dolor, nadie estará triste, nadie tendrá que llorar. Por fin podremos ver a los que vienen en pateras llegar a su verdadera patria.

Creer en el Resucitado es acercarnos con esperanza a tantas personas sin salud, enfermos crónicos, discapacitados físicos y psíquicos, personas hundidas en la depresión, cansadas de vivir y de luchar. Un día conocerán lo que es vivir con paz y salud total. Escucharán las palabras del Padre: "Entra para siempre en el gozo de tu Señor".

Creer en el Resucitado es no resignarnos a que Dios sea para siempre un "Dios oculto" del que no podamos conocer su mirada, su ternura y sus abrazos. Lo

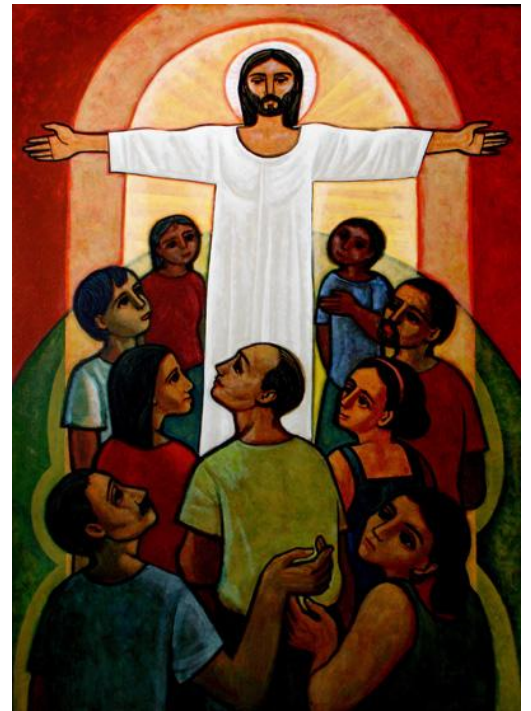
encontraremos encarnado para siempre gloriosamente en Jesús.

Creer en el Resucitado es confiar en que nuestros esfuerzos por un mundo más humano y dichoso no se perderán en el vacío. Un día feliz, los últimos serán los primeros y las prostitutas nos precederán en el Reino.

Creer en el Resucitado es saber que todo lo que aquí ha quedado a medias, lo que no ha podido ser, lo que hemos estropeado con nuestra torpeza o nuestro pecado, todo alcanzará en Dios su plenitud. Nada se perderá de lo que hemos vivido con amor o a lo que hemos renunciado por amor.

Creer en el Resucitado es esperar que las horas alegres y las experiencias amargas, las "huellas" que hemos dejado en las personas y en las cosas, lo que hemos construido o hemos disfrutado generosamente, quedará transfigurado. Ya no conoceremos la amistad que termina, la fiesta que se acaba ni la despedida que entristece. Dios será todo en todos.

Creer en el Resucitado es creer que un día escucharemos estas increíbles palabras que el libro del Apocalipsis pone en boca de Dios: "Yo soy el origen y el final de todo. Al que tenga sed, yo le daré gratis del manantial del agua de la vida". Ya no habrá muerte ni habrá llanto, no habrá gritos ni fatigas porque todo eso habrá pasado.



(José Antonio Pagola)